

EL TABERNÁCULO DEL ALTÍSIMO

Volumen 1 – Sermón No. 267

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 14 DE AGOSTO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

*“en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de
Dios en el Espíritu”
Efesios 2:22*

Bajo la antigua dispensación mosaica, Dios tenía una morada visible entre los hombres. La brillante Shekinah se veía entre las alas de los querubines que cubrían el propiciatorio, y en el tabernáculo mientras Israel viajaba por el desierto, y en el templo después, cuando se establecieron en su propia tierra, había una manifestación visible de la presencia de Jehová en el lugar que estaba dedicado a su servicio.

Ahora bien, todo bajo la dispensación mosaica no era más que un tipo, una imagen, un símbolo de algo más elevado y noble. Esa forma de adoración era, por así decirlo, una serie de imágenes de sombra, de las cuales el Evangelio es la sustancia. Es un hecho triste, sin embargo, que hay tanto judaísmo en todos nuestros corazones, que con frecuencia volvemos a los viejos elementos miserables de la ley, en lugar de avanzar y ver en ellos un tipo de algo espiritual y celestial, a lo que deberíamos aspirar.

Es vergonzoso para el siglo actual escuchar a algunos hombres hablar como lo hacen. Más vale que se adhieran de una vez al credo judío. Quiero decir que es vergonzoso oír a algunos hombres hablar como lo hacen con respecto a los edificios religiosos. Recuerdo haber escuchado una vez un sermón sobre este texto: "Si alguien profana el templo de Dios, Dios lo destruirá". Y la primera parte del sermón estaba ocupada con un anatema infantil contra todos los que se atrevieran a realizar cualquier acto profano en el patio de la iglesia, o que apoyaran el poste de una tienda durante la feria de la semana siguiente contra cualquier parte de ese edificio, que, me parecía, era el dios del hombre que ocupaba el púlpito.

¿Existe algo así como un lugar santo en alguna parte? ¿Hay algún lugar en el que Dios habite particularmente? Creo que no. Oíd las palabras de Jesús: "Creedme que llega la hora en que no adoraréis al Padre ni en este monte ni en Jerusalén. Pero viene la hora, y ya es, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca a los tales para que le adoren".

Recordad de nuevo el dicho del apóstol en Atenas: "Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas."

Cuando los hombres hablan de lugares santos parecen ignorar el uso del lenguaje. ¿Puede la santidad habitar en los ladrillos y la argamasa? ¿Puede existir algo así como un campanario santificado? ¿Puede existir en el mundo algo así como una ventana moral o un pórtico piadoso? Me sorprende, me pierdo por completo, cuando pienso en lo atontados que deben estar los cerebros de los hombres cuando atribuyen virtudes morales a los ladrillos y a la argamasa, a las piedras y a las vidrieras.

Ora, ¿a qué profundidad llega esta consagración, y a qué altura? ¿Cada cuervo que vuela sobre el edificio en ese momento está en aire solemne? Ciertamente es tan racional creer eso, como concebir que cada gusano que está comiendo el cuerpo de un episcopaliano es un gusano consagrado, y por lo tanto debe haber necesariamente una pared de ladrillos, o un amplio camino de grava para proteger los cuerpos de los santificados de cualquier gusano no consagrado que pueda arrastrarse desde el lado de los disidentes del cementerio.

Repito, ese juego de niños, ese papismo, ese judaísmo, es una vergüenza para el siglo. Y, sin embargo, a pesar de ello, todos nos encontramos en diversos momentos y temporadas entregándonos a ello. Lo que acabas de mencionar no es más que una forma de llevar el asunto un poco más allá, un error en el que podemos caer muy fácilmente, no es más que una extravagancia de un error en el que todos nosotros podemos caer. Tenemos una reverencia por nuestras sencillas capillas, sentimos una especie de consuelo cuando nos sentamos en el lugar que, de alguna manera u otra, hemos llegado a pensar que debe ser sagrado.

Ahora bien, si podemos, y tal vez se requiera una gran solidez e independencia de espíritu para hacerlo, alejemos de una vez y para siempre toda idea de que la santidad esté relacionada con cualquier cosa que no sea un agente activo consciente, deshagámonos de una vez y para siempre de todas las supersticiones con respecto al lugar.

No lo duden, un lugar está tan consagrado como otro, y dondequiera que nos reunamos con corazones verdaderos para adorar a Dios, ese lugar se convierte, por el momento, en la casa de Dios. Aunque sea considerado con el más religioso temor, ese lugar que no tiene un corazón devoto dentro de él, no es una casa de Dios, puede ser una casa de superstición, pero no puede ser una casa de Dios. "Pero aun así", dice uno, "Dios tiene una morada, ¿no lo dice tu texto?". Sí, y de esa casa de Dios voy a hablar esta mañana.

Existe la casa de Dios, pero no es una estructura inanimada, sino un templo vivo y espiritual. "En quien", es decir, en Cristo, "también sois edificados juntos para morada de Dios por medio

del Espíritu". La casa de Dios se construye con las piedras vivas de hombres y mujeres convertidos, y la iglesia de Dios, que Cristo ha comprado con su sangre, es el edificio divino, y la estructura en la que Dios habita hasta el día de hoy.

Sin embargo, me gustaría hacer una observación con respecto a los lugares en los que rendimos culto. Creo que, aunque no puede haber ninguna santidad de superstición relacionada con ellos, hay al mismo tiempo una especie de santidad de asociación. En cualquier lugar donde Dios ha bendecido mi alma, siento que no es otra cosa que la casa de Dios, y la misma puerta del cielo. No es porque las piedras sean sagradas, sino porque allí me he encontrado con Dios, y los recuerdos que tengo del lugar me lo consagran.

Aquel lugar donde Jacob se acostó para dormir, qué era sino su cámara de dormir por el momento, pero su cámara de dormir no era otra cosa que la casa de Dios. Ustedes tienen habitaciones en sus casas, espero, y armarios allí más sagrados en verdad que cualquier magnífica catedral que haya levantado su aguja hacia el cielo. Donde nos reunimos con Dios hay un carácter sagrado, no en el lugar, sino en las asociaciones relacionadas con él.

Donde tenemos comunión con Dios, y donde Dios despliega Su brazo, aunque sea en un granero o en un seto, o en un páramo, o en la ladera de un monte, allí está la casa de Dios para nosotros, y el lugar está consagrado de inmediato, pero no tan consagrado como para que lo consideremos con temor supersticioso, sino sólo consagrado por nuestros propios recuerdos de las benditas horas que hemos pasado allí en sagrada comunión con Dios. Dejando eso de lado, vengo a presentarles la casa que Dios ha construido para Su morada.

Esta mañana consideraremos la iglesia así: primero, como un edificio; segundo, como una habitación; y tercero, como lo que pronto será, es decir, un templo glorioso.

I. En primer lugar, consideraremos la iglesia como **un edificio**.

Y aquí hagamos una pausa para preguntar, en primer lugar, qué es una iglesia, qué es la iglesia de Dios. Una secta reclama para sí el título de la iglesia, mientras que otras denominaciones se lo disputan acaloradamente. No pertenece a ninguno de nosotros. La iglesia de Dios no consiste en una denominación particular de hombres, la iglesia de Dios consiste en aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la elección eterna de Dios, los hombres que fueron comprados por Cristo en el madero, los hombres que son llamados por Dios por su Espíritu Santo y que siendo vivificados por ese mismo Espíritu participan de la vida de Cristo, y se convierten en miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.

Estos se encuentran en todas las denominaciones entre toda clase de cristianos, algunos extraviados donde apenas soñamos con ellos, aquí y allá un miembro de la iglesia de Dios escondido en medio de las tinieblas de la maldita Roma, de vez en cuando, como por

casualidad, un miembro de la iglesia de Cristo no relacionado con ninguna secta, alejado de toda conexión con sus hermanos, habiendo apenas oído hablar de su existencia y sin embargo conociendo a Cristo, porque la vida de Cristo está en él. Ahora bien, esta iglesia de Cristo, el pueblo de Dios, en todo el mundo, cualquiera que sea el nombre que se le dé, se compara en mi texto con un edificio en el que habita Dios.

Ahora debo permitirme una pequeña alegoría con respecto a este edificio. La iglesia no es un montón de piedras apiladas, es un edificio. Su arquitecto la diseñó antiguamente. Me parece que lo veo, cuando miro hacia atrás en la vieja eternidad, haciendo el primer bosquejo de Su iglesia. "Aquí", dice Él en su eterna sabiduría, "estará la piedra angular, y allí estará el pináculo". Lo veo ordenando su longitud y su anchura, designando sus puertas y portales con una habilidad inigualable, diseñando cada parte de ella, y no dejando ni una sola porción de la estructura sin trazar.

Lo veo a Él, ese poderoso arquitecto, eligiendo también para sí cada piedra del edificio, ordenando su tamaño y su forma, estableciendo en su poderoso plan la posición que ocupará cada piedra, ya sea que resplandezca al frente, o esté escondida en la parte de atrás, o enterrada en el mismo centro de la pared. Lo veo marcando no sólo el contorno desnudo, sino todos los rellenos, todo ordenado, decretado y establecido, en el pacto eterno, que fue el plan divino del poderoso arquitecto sobre el cual la iglesia ha de ser edificada.

Mirando, veo al arquitecto eligiendo una piedra angular. Mira al cielo, y allí están los ángeles, esas piedras relucientes, mira a cada uno de ellos desde Gabriel hacia abajo, pero dice: "Ninguno de vosotros será suficiente, debo tener una piedra angular que soporte todo el peso del edificio, pues en esa piedra deben apoyarse todas las demás. Gabriel, no serás suficiente. Rafael, debes quedarte a un lado, no puedo construir con vosotros".

Sin embargo, era necesario encontrar una piedra, y una que saliera de la misma cantera que las demás. ¿Dónde iba a ser descubierto? ¿Había un hombre que bastara para ser la piedra angular de este poderoso edificio? Ah, no; ni los apóstoles, ni los profetas, ni los maestros lo serían. Si los pusieran juntos, serían como un cimiento de arena movediza, y la casa se tambalearía hasta caer.

Observen cómo la mente divina resolvió la dificultad: "Dios se hará hombre, muy hombre, y así será de la misma sustancia que las otras piedras del templo, y sin embargo será Dios, y por lo tanto lo suficientemente fuerte para soportar todo el peso de esta poderosa estructura, cuya cima llegará al cielo". Veo esa piedra fundamental colocada. ¿Se canta al colocarla? No. Hay llanto. Los ángeles se reunieron en torno a la colocación de esta primera piedra, y miren ustedes, hombres, y asómbrense, los ángeles lloran, las arpas del cielo están vestidas de tela de saco, y no se oye ningún canto.

Cantaron juntos y gritaron de alegría cuando se hizo el mundo, ¿por qué no gritan ahora? Mira tú aquí y ve la razón. Esa piedra está incrustada en la sangre, esa piedra angular no debe yacer en ningún otro lugar que en Su propia sangre. El cemento bermellón extraído de Sus propias venas sagradas debe incrustarlo. Y allí yace Él, la primera piedra del edificio divino.

Oh, empezad de nuevo vuestros cantos, ángeles, ya se ha acabado. La primera piedra está colocada, la terrible ceremonia está completa, y ahora, ¿de dónde vamos a recoger las piedras para construir este templo? La primera está colocada, ¿dónde están las demás? ¿Iremos a cavar en las laderas del Líbano? ¿Encontraremos estas piedras preciosas en las canteras de mármol de los reyes? No. ¿A dónde van, obreros de Dios? ¿Adónde van? ¿Dónde están las canteras? Y responden: "Vamos a cavar en las canteras de Sodoma y Gomorra, en las profundidades de la pecadora Jerusalén y en medio de la errante Samaria".

Les veo retirar la basura. Los observo mientras cavan en la tierra, y por fin llegan a estas piedras. Pero qué ásperas, qué duras, qué sin tallar. Sí, pero estas son las piedras ordenadas de antemano en el decreto, y estas deben ser las piedras, y ninguna otra. Debe haber un cambio efectuado. Estas deben ser traídas y moldeadas y cortadas y pulidas, y puestas en sus lugares.

Veo a los obreros en su trabajo. La gran sierra de la ley corta la piedra, y luego viene el cincel pulidor del Evangelio. Veo las piedras colocadas en sus lugares, y la iglesia se está levantando. Los ministros, como sabios maestros de obras, están allí corriendo a lo largo del muro, colocando cada piedra espiritual en su lugar, cada piedra se apoya en esa enorme piedra angular, y cada piedra depende de la sangre, y encuentra su seguridad y su fuerza en Jesucristo, la piedra angular, elegida y preciosa.

¿Ves cómo se eleva el edificio a medida que cada uno de los elegidos de Dios es traído, llamado por la gracia y vivificado? ¿Marcas las piedras vivas como en el amor sagrado y la santa hermandad están unidas? ¿Has entrado alguna vez en el edificio, y ves cómo estas piedras se apoyan unas en otras soportando la carga de las demás, y cumpliendo así la ley de Cristo? ¿Observas cómo la iglesia ama a Cristo, y cómo los miembros se aman entre sí? ¿Cómo se une primero la iglesia a la piedra angular, y luego cada piedra se une a la siguiente, y la siguiente a la siguiente, hasta que todo el edificio se convierte en uno?

He aquí que la estructura se levanta, y está completa, y por fin está construida. Y ahora abrid bien los ojos, y ved qué glorioso edificio es éste: la iglesia de Dios.

Los hombres hablan del esplendor de su arquitectura; ésta es una arquitectura que no sigue modelos griegos ni góticos, sino el modelo del santuario que Moisés vio en el monte

santo. ¿Lo ven? ¿Hubo alguna vez una estructura tan hermosa como ésta, con vida en cada parte? Sobre una piedra habrá siete ojos, y cada piedra llena de ojos y llena de corazones.

¿Hubo alguna vez un pensamiento tan masivo como éste: un edificio construido con almas, una estructura hecha de corazones? No hay casa como un corazón para descansar. Allí un hombre puede encontrar la paz en su prójimo, pero aquí está la casa donde Dios se deleita en habitar: construida con corazones vivos, todos latiendo con amor santo, construida con almas redimidas, elegidas por el Padre, compradas con la sangre de Cristo.

La parte superior está en el cielo. Parte de ellas están por encima de las nubes. Muchas de las piedras vivas están ahora en el pináculo del paraíso. Nosotros estamos aquí abajo, el edificio se eleva, la mampostería sagrada se agita, y así como la piedra angular se eleva, todos nosotros debemos elevarnos hasta que al final toda la estructura, desde sus cimientos hasta su pináculo, sea elevada al cielo, y allí se mantenga para siempre: la Nueva Jerusalén, el templo de la majestad de Dios.

Con respecto a este edificio, sólo tengo que hacer un par de observaciones antes de pasar al siguiente punto. Cuando los arquitectos diseñan un edificio, cometen errores al trazar el plano. El más cuidadoso omitirá algo, el más inteligente encontrará que se ha equivocado en algunas cosas. Pero fíjense en la iglesia de Dios, está construida según la regla, el compás y la escuadra, y al final se encontrará que no ha habido ni un solo error.

Tú, tal vez, mi querido hermano, eres una pequeña piedra en el templo, y eres propenso a pensar que deberías haber sido una grande. No hay error en eso. No tienes más que un talento, eso es suficiente para ti, si tuvieras dos estropearías el edificio. Estás colocado, tal vez, en una posición de oscuridad, y dices: "¡Oh, si fuera prominente en la iglesia!" Si fueras prominente podrías estar en un lugar equivocado, y una sola piedra fuera de su lugar en una arquitectura tan delicada como la de Dios, estropearía el conjunto. Estás donde debes estar, mantente allí. No hay duda de que no hay error.

Cuando por fin la rodeemos, marquemos sus muros y contemos sus baluartes, cada uno de nosotros se verá obligado a decir: "¡Qué gloriosa es esta Sión!" Cuando nuestros ojos hayan sido iluminados y nuestros corazones instruidos, cada parte del edificio despertará nuestra admiración. La piedra superior no es el fundamento, ni el fundamento está en la parte superior. Cada piedra tiene la forma correcta, todo el material es como debe ser, y la estructura está adaptada para el gran fin, la gloria de Dios, el templo del Altísimo. Por lo tanto, se puede observar una sabiduría infinita en este edificio de Dios.

Se puede notar otra cosa, a saber, su fortaleza inexpugnable. Esta morada de Dios, esta casa que no está hecha con manos, sino que es de la construcción de Dios, ha sido atacada a

menudo, pero nunca ha sido tomada. Cuántas multitudes de enemigos han golpeado contra sus viejas murallas, pero han golpeado en vano. Los reyes de la tierra se levantaron y los gobernantes se pusieron de acuerdo, pero ¿qué pasó?

Vinieron contra ella, cada uno de ellos con hombres poderosos, cada hombre con su espada desenvainada, pero ¿qué fue de ellos? El Todopoderoso dispersó a los reyes en el Hermón como la nieve en el Salmón. Como la nieve es expulsada de la ladera de la montaña ante el soplo de la tormenta, así los expulsaste tú, oh, Dios, y se derritieron ante el soplo de tus narices.

***"Entonces nuestras almas deberían habitar en Sión,
sin temer la furia de Roma o del infierno".***

La iglesia no está en peligro, y nunca podrá estarlo. Que vengan sus enemigos, ella puede resistir. Su majestuosidad pasiva, su fuerza rocosa y silenciosa, los desafía ahora. Que vengan y se rompan en pedazos, que se estrellen contra ella, y aprendan el camino que les llevará a su propia destrucción. Está segura, y debe estarlo hasta el final. Por lo tanto, podemos decir de la estructura, que está construida por la sabiduría infinita, y es inexpugnablemente segura.

Y podemos añadir que es glorioso por su belleza. Nunca hubo una estructura como ésta. Uno podría deleitarse con ella desde el amanecer hasta la noche, y luego volver a empezar. Jesús mismo se deleita en ella. Tan complacido está Dios en la arquitectura de su iglesia, que se ha regocijado con su iglesia como nunca lo hizo con el mundo. Cuando Dios hizo el mundo, levantó los montes, y cavó los mares, y cubrió sus valles de hierba, hizo todas las aves del cielo, y todas las bestias del campo, sí, e hizo al hombre a su imagen y semejanza, y cuando los ángeles lo vieron, cantaron juntos y gritaron de alegría.

Dios no cantaba, no había un tema de canto suficiente para Él que fuera: "Santo, santo, santo". Podría decir que era muy bueno, había una bondad de aptitud en él, pero no una bondad moral de santidad. Pero cuando Dios edificó Su iglesia, sí cantó, y ese es el pasaje más extraordinario, que a veces pienso, en toda la Palabra de Dios, en el que se le representa cantando: "Tu Redentor en medio de ti es poderoso, salvará, descansará en su amor, se regocijará sobre ti con cantos".

Piensen, hermanos míos, en Dios mismo mirando a su iglesia, y en que la estructura es tan bella y hermosa, que canta sobre su obra, y que a medida que cada piedra es colocada en su lugar, la propia divinidad canta. ¿Hubo alguna vez una canción así? Oh, vengan, cantemos, exaltemos juntos el nombre de Dios, alabemos a Aquel que alaba a Su iglesia, que la ha hecho para que sea Su morada peculiar.

Así pues, en primer lugar, hemos considerado la iglesia como un edificio.

II. Pero la verdadera gloria de la iglesia de Dios consiste en que no es sólo un edificio, sino que es ***una habitación***.

Puede haber una gran belleza en una estructura deshabitada, pero siempre hay un pensamiento melancólico conectado con ella. Al cabalgar por nuestro país, a menudo nos encontramos con una torre o un castillo desmantelado, es hermoso, pero no es una cosa de alegría, hay una reflexión triste conectada con él. ¿A quién le gusta ver palacios desolados? ¿Quién desea que la tierra eche a sus hijos, y que sus casas carezcan de inquilinos? Pero hay alegría en una casa iluminada y amueblada, donde hay sonido de hombres.

Amados, la iglesia de Dios tiene esto como su gloria peculiar, que es una casa arrendada, que es una habitación de Dios por medio del Espíritu. Cuántas iglesias hay que son casas, pero no son moradas. Podría imaginarles una supuesta iglesia de Dios, que está construida según la escuadra y el compás, pero su modelo se ha formado en algún credo antiguo, y no en la Palabra de Dios. Es precisa en su disciplina según su propia norma, y exacta en sus observancias según su propio modelo.

Entras en esa iglesia, la ceremonia es imponente, todo el servicio tal vez te atraiga por un tiempo, pero sales de ese lugar consciente de que no te has encontrado con la vida de Dios allí; que es una casa, pero una casa sin inquilino. Puede ser una iglesia, pero no es una iglesia que posea la morada del Santo, es una casa vacía que pronto se dilapidará y caerá. Me temo que esto es cierto para muchas de nuestras iglesias, establecidas y disidentes, así como romanistas.

Hay demasiadas iglesias que no son más que una masa de aburrida y muerta formalidad, no hay vida de Dios allí. Podrías ir a adorar con esa gente, día tras día, y tu corazón nunca latiría más rápido, tu sangre nunca saltaría en sus venas, tu alma nunca se refrescaría, porque es una casa vacía. Puede que la arquitectura de la estructura sea hermosa, pero su almacén está vacío, no hay mesa extendida, no hay regocijo, no hay matanza del becerro gordo, no hay baile, no hay cantos de alegría.

Amados, tengamos cuidado, no sea que nuestras iglesias se conviertan en lo mismo, no sea que seamos combinaciones de hombres sin vida espiritual, y consecuentemente casas deshabitadas, porque Dios no está allí. Pero una iglesia verdadera, que es visitada por el Espíritu de Dios, donde la conversión, la instrucción, la devoción y otras cosas similares, son llevadas a cabo por las propias influencias vivas del Espíritu, tal iglesia tiene a Dios como su habitante.

Y ahora daremos vuelta a este dulce pensamiento. Una iglesia construida con almas vivas

es la propia casa de Dios. ¿Qué significa esto? Respondo que una casa es un lugar donde un hombre se solaza y se reconforta. Afuera luchamos contra el mundo, allí esforzamos todos los nervios y tendones para contener un mar de problemas y no ser arrastrados por la corriente. Afuera, entre los hombres, nos encontramos con aquellos de lengua extraña para nosotros, que a menudo nos llegan al corazón y nos hieren de muerte. Sentimos que allí debemos estar en guardia. A menudo podríamos decir: "Mi alma está entre leones. Me recuesto incluso entre los que son incendiados por el infierno".

Al salir al mundo, encontramos poco descanso, pero al terminar el trabajo del día, volvemos a casa, y allí nos consolamos. Nuestros cuerpos cansados se refrescan. Nos deshacemos de la armadura que hemos llevado y no luchamos más. Ya no vemos el rostro extraño, sino que los ojos amorosos nos iluminan. Ya no escuchamos ningún lenguaje que sea discordante en nuestros oídos. El amor habla y nosotros respondemos. Nuestro hogar es el lugar de nuestro solaz, nuestro consuelo y nuestro descanso.

Ahora, Dios llama a la iglesia Su morada-Su hogar. Míralo en el exterior, está lanzando el rayo y alzando su voz sobre las aguas. Escúchalo, su voz rompe los cedros del Líbano y hace parir a las ciervas. Míralo cuando hace la guerra, montando el carro de Su poderío, conduce a los ángeles rebeldes sobre las almenas del cielo hasta lo más profundo del infierno. Míralo cuando se eleva en la majestuosidad de su fuerza. ¿Quién es este glorioso? Es Dios, altísimo y terrible.

Pero mira, deja a un lado su reluciente espada, ya no lleva su lanza. Vuelve a su casa. Sus hijos lo rodean. Toma su consuelo y su descanso. Sí, no piensen que me aventuro demasiado: Él descansará en Su amor, y lo hace. Él descansa en Su iglesia. Ya no es un fuego consumidor, un terror y una llama. Ahora es amor, bondad y dulzura, dispuesto a escuchar el parloteo de la oración de Sus hijos, y las notas inconexas del canto de Sus hijos.

¡Oh, qué hermoso es el cuadro de la iglesia como la casa de Dios, el lugar en el que Él toma su solaz! "Porque Jehová ha escogido a Sión; la ha deseado por morada. Este es mi descanso para siempre; aquí habitaré, porque lo he deseado". Además, el hogar de un hombre es el lugar donde muestra su interior. Te encuentras con un hombre en el mercado, te trata con dureza, sabe con quién tiene que tratar y se comporta contigo como un hombre de mundo. Lo vuelves a ver en casa, hablando con sus hijos y dices: "¡Qué hombre tan diferente! No podía creer que fuera el mismo ser".

Vuelve a ver al profesor en su silla. Está instruyendo a los alumnos en la ciencia. Fijaos en su severidad cuando habla de temas recónditos. ¿Creéis que ese mismo hombre tendrá por la tarde a su pequeño sobre sus rodillas, y le contará cuentos infantiles, y repetirá las baladas de la guardería? Y sin embargo es así.

Ved al rey cuando cabalga por la calle en su pompa, miles se reúnen a su alrededor, la aclamación rasga el cielo. Con qué majestuosidad se porta. Es todo un rey, todo un monarca, mientras se eleva en medio de la multitud. ¿Has visto al rey en casa? Entonces es como los demás hombres, sus pequeños le rodean, está en el suelo con ellos en sus juegos. ¿Es éste el rey? Sí, incluso es él. ¿Pero por qué no hizo esto en su palacio? ¿En las calles? Oh, no, esa no era su casa. Es en su casa donde un hombre se desenvuelve.

Incluso con respecto a nuestro glorioso Dios, es en su iglesia donde se manifiesta como no lo hace al mundo. El simple mundano dirige su telescopio al cielo, y ve la pompa de Dios en las estrellas y dice: "Oh Dios, qué infinito eres". Contempla devotamente el mar, y lo contempla azotado por la tempestad, y dice: "¡Contempla el poder y la majestad de la Deidad!" El anatomista disecciona un insecto, y descubre en cada parte de él la sabiduría divina, y dice: "¡Cuán sabio es Dios!"

Ay, pero es sólo el creyente quien mientras se arrodilla en su recámara puede decir: "Mi Padre hizo todo esto", y luego puede decir: "Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre". Hay dulces revelaciones que Dios hace en Su iglesia, que nunca hace en ningún otro lugar. Es allí donde toma a los niños en su seno, es allí donde abre su corazón y permite que su pueblo conozca las fuentes de su gran alma, y el poder de su infinito afecto. ¿Y no es una cosa dulce pensar en Dios en casa con Su familia, feliz en la casa de Su iglesia?

Pero, además, ahora me asalta otro pensamiento. El hogar de un hombre es el centro de todo lo que hace. Allí hay una gran granja. Bien, hay dependencias, y almiars, y graneros, y cosas similares, pero justo en medio de todo esto está la casa, el centro de toda la agricultura. Por mucho trigo que haya, es a la casa a dónde van los productos. Es para el mantenimiento del hogar que el marido lleva adelante su labranza. Puedes oír al ganado mugiendo allá, puedes notar a las ovejas en las colinas, pero el vellón vuelve a casa, y las ubres llenas deben producir la leche para los niños de la casa, porque la casa es el centro de todo. Todos los ríos de la industria descienden hacia el dulce y suave lago interior del hogar.

Ahora, la iglesia de Dios es el centro de Dios. Él está en el mundo, está ocupado aquí y allá y en todas partes, pero ¿a qué tienden todos sus asuntos? A su iglesia. ¿Por qué Dios viste las colinas con abundancia? Para alimentar a su pueblo. ¿Por qué gira la providencia? ¿Por qué esas guerras y tempestades, y luego esta quietud y calma? Es por Su iglesia.

No hay ángel que divida el éter que no tenga una misión para la iglesia. Puede que sea de forma indirecta, pero sin embargo lo es de verdad. No hay arcángel que cumpla los mandatos del Altísimo, sino que realmente lleva a la iglesia sobre sus anchas alas, y sostiene a sus hijos para que no tropiecen con una piedra. Los almacenes de Dios son para su iglesia. Las

profundidades de los tesoros ocultos, de las riquezas indecibles de Dios, todo esto es para su pueblo.

No hay nada que Él tenga, desde su corona resplandeciente hasta las tinieblas que están debajo de su trono, que no sea para sus redimidos. Todas las cosas deben servir y obrar juntas para el bien de la iglesia elegida de Dios, que es Su casa, Su morada diaria. Creo que, si lo repasan una y otra vez, cuando estén lejos, verán que hay mucho en el hermoso hecho de que, así como la casa es el centro, la iglesia es el centro de todo con Dios.

Un pensamiento más y habré terminado. Hemos oído hablar mucho últimamente de la invasión francesa. Empezaré a alarmarme cuando lo vea, pero ciertamente no hasta entonces. Sin embargo, hay una cosa que podemos decir con bastante seguridad. Muchos de nosotros somos hombres de paz y no nos gustaría empuñar la espada, la primera visión de la sangre nos enfermaría, somos seres pacíficos, no estamos para la lucha y la guerra.

Pero si el hombre más pacífico imagina que el invasor ha desembarcado en nuestra costa, que nuestras casas están en peligro y que nuestros hogares están a punto de ser saqueados por el enemigo, me temo que nuestra conciencia cedería, a pesar de todo lo que podamos decir sobre la maldad de la guerra, me pregunto si hay un hombre entre nosotros que no tomaría el arma que pudiera encontrar a mano para repeler al enemigo.

Con este grito de guerra, "Nuestros hogares y nuestras casas", nos abalanzaríamos sobre el invasor, sea quien sea o lo que sea. No hay fuerza tan tremenda que pueda paralizar nuestro brazo, hasta que nos congelemos en la muerte lucharíamos por nuestro hogar, no habría mando tan severo que pudiera acallarnos, romperíamos toda banda y vínculo, y el más débil de nosotros sería un gigante, y nuestras mujeres se convertirían en heroínas en el día de la dificultad. Cada mano encontraría su arma para lanzar al invasor. Amamos nuestros hogares, y debemos y queremos defenderlos.

Ay, y ahora levanta tus pensamientos, la iglesia es el hogar de Dios, ¿no la defenderá Él? ¿sufrirá que su propia casa sea saqueada y asaltada? ¿se manchará el hogar de la divinidad con la sangre de sus hijos? ¿Será que la iglesia sea derribada, y sus almenas asaltadas, sus pacíficas moradas entregadas al fuego y a la espada? No, nunca, no mientras Dios tenga un corazón de amor, y mientras llame a Su pueblo Su propia casa y Su morada.

Vamos, alegrémonos de esta nuestra seguridad, que la tierra esté toda en armas en el exterior, habitamos en perfecta paz, porque nuestro Padre está en la casa y es Dios Todopoderoso. Que vengan contra nosotros, no debemos temer, su brazo los derribará, el soplo de su nariz los hará estallar, una palabra los destruirá, se desharán como la grasa de los cameros, como la grasa de los corderos se consumirán, en humo se consumirán. Todos estos

pensamientos me parecen que surgen naturalmente del hecho de que la iglesia es la morada de Dios.

III. Estaba a punto de mostrarles, en tercer lugar, que la iglesia ha de ser, en adelante, el templo glorioso de Dios.

Todavía no se sabe lo que será. Sin embargo, ya he mencionado este precioso hecho. La iglesia se está levantando hoy, y continuará levantándose hasta que el monte de la casa del Señor se establezca en la cima de los montes, y entonces, cuando todas las naciones la llamen bienaventurada, y a Él también, cuando todos digan: "Venid y subamos a la casa de nuestro Dios para adorarle", entonces comenzará la gloria de la iglesia.

Cuando esta tierra desaparezca, cuando todos los monumentos de los imperios se disuelvan y se hundan en la lava común de la última combustión, entonces la iglesia será arrebatada en las nubes y después será exaltada hasta el mismo cielo, para convertirse en un templo como el ojo no ha visto.

Y ahora, hermanos y hermanas, en conclusión hago estas observaciones. Si la iglesia de Dios es la casa de Dios, ¿qué deberíamos hacer ustedes y yo? Debemos buscar seriamente ser parte de ese templo para retener siempre al gran habitante. No aflijamos a Su Espíritu para que no abandone Su iglesia por un tiempo, y sobre todo no seamos hipócritas para que nunca entre en nuestros corazones. Y si la iglesia es el templo de Dios y la casa de Dios, no la contaminemos.

Si te contaminas a ti mismo, contaminas a la iglesia, porque tu pecado, si eres miembro de la iglesia, es el pecado de la iglesia. La profanación de una piedra del edificio prácticamente estropea su perfección.

Cuida de ser santo como Él es santo. No dejes que tu corazón se convierta en una casa para Belial. No pienses que Dios y el diablo pueden habitar en la misma morada. Entrégate por completo a Dios. Busca más de su Espíritu, para que, como una piedra viva, estés totalmente consagrado, y nunca estés satisfecho a menos que sientas en ti la presencia perpetua del habitante divino que mora en su iglesia.

Que Dios bendiga ahora cada piedra viva del templo. Y en cuanto a vosotros, que aún no habéis salido de las canteras del pecado, ruego que la gracia divina se reúna con vosotros, para que os renovéis y os convirtáis, y seáis por fin partícipes de la herencia de los santos de la luz.